

»forma ó este aspecto extraños ó raros acusan algun *designio*, algun plan concebidos por seres sobrenaturales, etc.»

Las pruebas indirectas convergen, pues, de todas partes hácia la conclusion de que, el culto de los Fetiches es el culto á un alma que ha fijado en ellos su residencia, segun se supone; y esta alma, como todos los agentes sobrenaturales en general, es en principio el duplicado de un hombre muerto.

Pero no tenemos necesidad de circunscribirnos á las pruebas indirectas, pues las directas abundan.

Algunas páginas más arriba hemos citado hechos probando que en su principio el fetiche no es otra cosa que un espíritu. Ya hemos visto que los Abipones, sobrecogidos de terror á la idea del espíritu, creían que «el eco es su voz.» También hemos visto que el Africano á quien se preguntaba por qué llevaba ofrendas al eco, contestaba: «¿No habeis oído al Fetiche?» Burton nos dice que en África oriental se depositan alimentos y cerveza en el interior de las chozas de los Fetiches, «á fin de hacerse propicios los Fetiches.» Los negros de Costa de Oro dirigen á los muertos su culto; se dirigen «en peregrinacion á sus tumbas para deponer en ellas ofrendas y hacer sacrificios;» al efecto modelan figuras de arcilla á imagen de sus jefes muertos, colocan á veces tubos ó cañoncitos hasta tocar por un extremo á los cuerpos enterrados, y por estos tubos vierten cada dia la bebida: ¿podemos dudar, por las diversas ceremonias que celebran, que el Fetiche sea la residencia del espíritu? Segun Winterbottom, los naturales de las cercanías de Sierra-Leona «casi nunca beben licores, vino, etc., sin verter algunas gotas en el suelo y sin humedecer su gru-gru ó fetiche.» Cruikshank dice que se abstienen de ciertos alimentos segun la posicion del Fetiche. Beccham cuenta que la casa del Fetiche constituye una especie de santuario. Bastian habla de un hombre-fetiche que recurría á la ventriloquia para pronunciar sus oráculos. Todos estos hechos suponen ideas análogas á las que en otras partes se encuentran al lado del culto de los espíritus. Lander, hablando de un villorio de la orilla del Nilo en el que habia una imagen tallada, el Fetiche, dice: «se deseaba que asáramos nuestro buey debajo de él para que gozara de las emanaciones del asado.» En el Dahomey, segun Wilmot, «los caminos, los villorios y las casas están plagados de imágenes de Fetiches y de ofrendas á los Fetiches.» Que el Fetiche sea un conjunto de cosas pertenecientes al pariente finado, ó una efigie de él, ó un ídolo que ha perdido su individualidad histórica, ó algun otro objeto, el espíritu que en él reside no es

más que una modificación del espíritu del antepasado, del cual difiere más ó ménos segun las circunstancias. La certeza de esta conclusion aparece con toda la claridad posible en la fórmula que nos da Beccham.

«Se cree, dice, que los Fetiches son los espíritus de seres inteligentes que fijan su residencia en los objetos que tienen algo de notable ó que á veces penetran en las imágenes y otros productos del arte, expresamente consagrados por ciertas ceremonias. Es creencia popular la de que los Fetiches se hacen con frecuencia visibles á los mortales... Se cree que los hay de uno y otro sexo y que quieren alimentos.»

Si este poder de mostrarse de tiempo en tiempo á los ojos de los mortales, este deseo de alimentos, esta diferencia de sexos, no bastasen á demostrar que el Fetiche era en un principio humano, lo probaría de una manera decisiva lo que Bastian nos dice de los naturales del Congo.

«Los naturales, dice, aseguran que el gran Fetiche de Bamba vive en los bosques, en los cuales ningun hombre le vé ni puede verle. Cuando muere, los sacerdotes del Fetiche recogen religiosamente sus huesos para reanimarlos y les llevan alimentos hasta que han adquirido ó tomado nuevamente carne y sangre.»

De manera que si difiere del espíritu, se le parece en que se supone que también tomará la forma corpórea primitiva.

Vamos á sacar una conclusion de esta manera de interpretar el fetichismo, y á hacer observar hasta qué punto está ella de acuerdo con los hechos.

Hemos visto que existen razas inferiores que no tienen para despues de la muerte, la idea de una vida ulterior ó que no tienen de ella sino ideas vagas; entre estas razas, la idea de un espíritu es rudimentaria. Si, como antes hemos dicho, el culto del Fetiche es el culto de un espíritu residente en él ó de un sér sobrenatural derivado del mismo, se sigue de ahí que la teoría fetichista, dependiendo de la teoría espiritista, debe reemplazarla en un momento dado. El fetichismo no existe cuando no hay teoría espiritista, pues nace despues del nacimiento de esta teoría, y hay de ello abundantes pruebas.

Entre las tribus montañosas de la India, la que ocupa el rango más inferior, los Juangs, carecen de palabra para expresar la idea de un sér sobrena-

tural, no tienen idea de la otra vida, carecen de culto á sus antepasados, el fetichismo no existe entre ellos. Es muy notable tambien que no se encuentre tampoco entre ellos nada de hechicería ó sortilegio. Los Andamans, la raza más degradada del género humano, no tienen ninguna «noción de su origen,» ninguna noción «de una existencia futura;» no tienen más que el fetichismo; ésta es al ménos la conclusion que puede sacarse del silencio de los autores que de ellos nos hablan. Cook no encontró rastro de religion entre los Fuegianos, no se dice sino que el fetichismo existe entre estos salvajes. Los Australianos, raza de salvajes muy inferior, creen en los espíritus pero no han llegado aun al punto en que el espiritismo da nacimiento al fetichismo; tampoco dedican sacrificios á los objetos inanimados. Los Tasmanianos, sus vecinos, raza hoy extinguida, degradados como ellos, se les parecían en este punto. Los mismos Vedas, quienes creen que las almas de sus parientes les cercan por todas partes, y entre los cuales el culto á sus antepasados domina, tienen la inteligencia sobrado rudimentaria y un estado social hartamente inferior para ofrecernos este producto del espiritismo.

Las consecuencias que una doctrina implica, no se presentan á las inteligencias enteramente estúpidas, pero aparecen á las que empiezan á reflexionar. De aquí que el hombre se haga más lógico cuanto mayor es el número de erróneas consecuencias que saca de premisas erróneas. Así que nosotros hemos demostrado cómo no son salvajes desprovistos de inteligencia, sino salvajes muy inteligentes, tales como los habitantes de las islas Fijis, los que creen que un hombre tiene dos almas, su sombra y su imagen reflejada, y que admiten por vía de consecuencia que, pues los objetos tienen sombra, deben asimismo tener alma.

Los diversos pueblos de África, sin considerar otros, bastan á mostrar que el fetichismo no nace hasta que la evolucion mental y social ha llegado á cierto punto. No se habla de fetichismo entre los Bosquimanos, la más degradada de las razas conocidas de África. Los Damaras, entre los cuales, segun Anderson, la inteligencia es «un fenómeno insólito,» y de cuya estupidez Galton nos ofrece pruebas evidentes, no han sacado de sus creencias espiritistas, débilmente acusadas, las conclusiones en las que toma origen el fetichismo. «No hay entre ellos, dice Galton, ningun indicio de supersticion fetichista.» Pero encontramos el fetichismo entre los pueblos más avanzados de África, los habitantes del Congo, los negros del interior, los de la costa, los de Dahomey, los Achantes. Vémosle floreciente en las comarcas en que hay poblaciones fortificadas, gobiernos bien organizados, grandes ejércitos permanentes, cárceles, una policía,

leyes suntuarias, una division bastante adelantada del trabajo, mercados en épocas periódicas, verdaderos comercios, y todo lo que denota un progreso en la civilizacion.

Esta relacion se vé más clara aun en América. Nadie nos habla de fetichismo entre los groseros Chirihuanas del antiguo Perú; pero se halla muy avanzado entre los Peruanos civilizados. Antes como despues de la conquista de los Incas «adoraban yerbas, plantas, flores, todas las especies de árboles, altas colinas, gruesas rocas, las hendiduras que en ellas encontraban, profundas cavernas, guijarros, pequeñas piedras de diversos colores.

Por último, si queremos saber dónde el fetichismo ha llegado á su apogeo, se nos indica un pueblo en que la civilizacion de más antigua fecha que la nuestra, ha creado grandes poblaciones, industrias complicadas, un idioma de una estructura bastante perfeccionada, grandes poemas, filosofías sùtiles. En la India

«una mujer adora el cesto que le sirve para llenar ó guardar sus efectos, le dedica sacrificios lo mismo que al molino de arroz y demás muebles de que se sirve en su casa. El carpintero rinde igual homenaje á su hacha, su azuela y demás útiles, y les dedica igualmente sacrificios. Un brahman hace otro tanto con el estilete de que va á servirse para escribir; un soldado con las armas con que combate; un albañil con su paleta.»

El pasaje de Dubois, citado por sir John Lubbock, se halla de acuerdo con lo que nos cuenta Mr. Lyall en su obra titulada: *Religion de una provincia de la India*. «No tan solo, dice Lyall, el labrador dirige sus preces á su arado y el pescador á sus redes y el tejedor á su telar, sino que el mismo escritor rinde culto á su pluma, y el banquero á su mayor.»

Lo que muestra claramente que no podria sostenerse la idea de que el fetichismo es, de todas las supersticiones, la que primero se ofrece es lo siguiente: suponed los hechos trocados; suponed que sé por los Juangs, los Adamans, los Fuegianos, los Australianos, los Tasmanianos y los Bosquimanos, por quienes el culto de los objetos inanimados haya sido llevado al más alto grado que, entre las tribus en que la inteligencia y el estado social sean un poco más avanzados, se encuentra el fetichismo más restringido, y que disminuya á medida que progresan la ciencia y la civilizacion, y que entre las sociedades llegadas á un gran desenvolvimiento como las del antiguo Perú y la India mo-